

PASIONARIA

Mujer extraordinaria esta Dolores Ibarri, cuando habla diariamente que reza con su honda vitalidad civil, donde sólo palpita la ternura. Contra lo que las gentes que no la han visto pudieran creer, "La Pasionaria" es la antípoda perfecta del marimacho. Traza acabada de madre, a uno le invade a su presencia una fulminante simpatía final dulce el rostro con huellas cárdenas de cuarentena bien plantada, negros y hermosos los ojos, aunque ligeramente mateados por el sufrir, grave su vestimenta recatada, hay que hacer un esfuerzo para que su falda negra de castella no y serio corte, adquiriera en nuestra imaginación aire de peplo. Es la estampa más viva de la mujer de casa hacendosa que cuida a su marido y a sus hijos sin ayuda de manos extrañas. Casta en sus pensamientos, en sus palabras y en sus obras, por la calle, con ella va un hogar a poner cátedra de decencia, y va a la escuela por que Dolores Ibarri es maestra de las buenas, y la rodean siempre un centenar de arrapiezos, que son su gala y su gloria.

Sintió un día el agudo dolor del pueblo en mitad de su alma, anudó al cuello el pañuelo de las acomodadas campesinas norteñas y se echó al camino por si ayudaba a disipar la gran tragedia proletaria con su palabra y su acción, mientras en la hondonada donde la pomareda alegra la vivienda humilde, quedaba el ajuar ordenado y limpio de la mujer asaz femenina. Allí esperaba su retorno el arcón que encerraba la ropa blanca recendiendo a manzana reineta y a membrillo, la cocina pulquérrima, bien dispuestas las camas que oían a jabón de río y un mobiliario de claro buen gusto que se avergonzaba de su fachenda burguesa. Era la casa de la señora maestra. El suelo bruñido acometía como un espejo. Y quedaba también la escuela aseada y muda en su descanso dominguero.

Con Dolores Ibarri, contentos, como si fuesen de romería, van su esposo y sus hijos hacia Llanes o hacia Mieres, poco importa a qué pueblo, porque aquella tarde las organizaciones obreras celebraban su fiesta mayor, el mitin monstruo de que hablaban los carteles. Al anochecer, juntos, apretadas las manos para no romper nunca las filas, saturadas de fé, regre a todos a casa, más contentos que unas pascuas. Y al otro domingo, y al otro, y al otro y cien más, hala, hala, a la reunión societaria, a discutir reglamentos, a cambiar impresores, a lanzar iniciativas, a fundirse con sus hermanos en la similitud de sus anhelos, y a los mítines, a todos los mítines donde los ideales se contrastaban. Pero Dolores Ibarri no abandonaba por eso, ni su función docente, que era un asombro por su vocación o por la eficacia, ni tampoco los quehaceres caseros.

Un día la Ibarri asaltó la tribuna pública y se dió un milagroso acontecimiento. Aquella mujer había hablado como nadie hablara hasta entonces. Muy ilustrada, no se había esforzado sin embargo, en hacer alarde de cultura, que por otra parte, no parecen fundamentales esos ensayos en el buen orador de mitin. Ni lució desparpajo, ni audacia, ni parrufadas redondas, ni rociadas de agravios entre latiguillos y tópicos. Nada de eso había en su oración. Había otra cosa, que vale más que todas sus zarandejas, una emoción que, por lo intensa, en aquel atardecer se había metido de un golpe en todos los pechos y en todos los ojos. Era como si el drama que todos sentían en sus entrañas se pusiese de pronto de pie y se dejase acariciar por la frescura de un bálsamo que era cura suave a la vez, después de haberse desbridado la herida. Y luego, claridad y sencillez, al cobijo de una voz de oro purísima. No hubo más. Pero en la desbandada, el nombre de Dolores iba en todos los labios con una oración. Apenas había tenido cuatro intervenciones cuando era la popularidad más resplandeciente. Una tarde—buena cosecha de entusiasmo—Dolores Ibarri descendía de la tribuna pública. Eucendida



La Pasionaria en sus clásicas arengas a los milicianos

por el brío y la grandeza de su elocuencia, cualquiera diría que sólo al remanso de unos sollozos se debía la esfumada de la congestión. La gran oradora tenía aún en su garganta la sacudida convulsa de un hipo. "¡Tu serás la Pasionaria!", exclamó un compañero al advertir que una lágrima recalaba sus mejillas enrojecidas. ¡Pasionaria, Pasionaria!, repitieron cien voces. Y acepto el extraño bautismo bien a regañadientes, por fin no iba ser ella la que fuese contra esa tierna consagración del pueblo.

Después la acción organizadora. Y aquí sí que había que hacer restallar las hipérboles, porque la Pasionaria es en los medios obreros su gran figura. Creo que se enrola en el comunismo porque le parece que de allá, de las estribaciones del Calvario, se tienden por el mundo unos brazos divinos y fraternos que acaso pudieran algún día hacer del género humano una inmensa familia, con esa ansia fraternal.

★
por el
Padre Basilio Alvarez
★

El destacado sacerdote católico cubano enjuicia la figura de la Pasionaria con un recio sabor de humanidad.

Está en todas las Casas del Pueblo, igual que si estuviese en medio de su hogar. Como si fuese una iluminada, por donde pasa, corre con ella una arroyada de ternura infinita. En pos de la Pasionaria va un halo de luz que es, a la vez que antorcha, símbolo, porque proyecta chorros de claridad sobre su fervor y su conducta. El Vir Bonus del clásico es para ella, que nada tiene que ver el sexo con la justeza de la expresión. Rehusa la insolencia del caudillaje y tiene que dirigirlo todo. Posee el don del consejo y siente un rubor de niño ante el genio de sus iniciativas. Es más enérgica que los otros líderes y parece que se apagan de súbito sus imperativos ante el manso caudal de su dulzura. Quiere pasar inadvertida y el aura popular la lleva en volandas. Hay sólo una cosa que ésta siempre vive en fiebre de profunda obsesión: Organizar. Ese verbo es toda su vida.

En el valle que los manzanos somborean todavía esta su casita blanca con

olor a manzanas maduras y a moreno jaibón de río. Y está la escuela donde los rapacines triscan con júbilo ruidoso. Y está Dolores Ibarri presidiendo el hogar y el colegio sin perder una hora de trabajo, como si nunca hubiera salido de la aldea.

Pero un día la represión brutal por los sucesos de Asturias llamó a los obreros alimañas y la maestra y el pueblo se lanzaron al monte para aguardar allí que los batiesen en la bárbara cetrería.

Dos años después surge la Pasionaria en las Cortes. No había perdido su línea de madre buena, ni tampoco su ansia organizadora. La minoría, dieciséis diputados, son uno de golpe: la Pasionaria. Tres meses de Parlamento y con media docena de discursos elocuentísimos que salen de los labios de Dolores Ibarri, con brío y magnificencia inauditas: Belleza, contenido jugoso y emoción, formidable emoción, un prestigio parlamentario de primer orden. Y en seguida la guerra.

Pero ahora hay que alzar un palio y poner bajo sus pliegues de púrpura a la mujer de asombro. La Pasionaria es Madrid, todo Madrid en la pasión y el ímpetu y en la gracia. No conoció en siete meses la cama, pero conoce una a una todas las piedras del Guadarrama. Es el aliento y el fulgor. Es la llamarada que prende y es la dulzura extravasada de unas entrañas que sufren como nadie sufrió y son a todas horas vendajes blanquíssimos. Está en todos los frentes y en todos los hospitales, en las sedes de las organizaciones, cavando trincheras, visitando a los huerfanitos y todavía tiene tiempo para hacer de su actuación una arenga inflamada y bella.

Una noche se planta en el micrófono y grita:

«¡Ciudadanos: En la sierra se levanta una montaña formada por nuestros corazones ensangrentados. Nadie podrá atravesarla, compañeros, porque de grande, su crestería perfora con sus picos el cielo!», Y el pensamiento azota los cerebros de los milicianos que rompen a cantar en mitológica carrera de triunfo.

Otro día, las milicias parecen dormidas. En las trincheras de Peguerinos, el fascio achucha feroz. Un segundo de vacilación y el puñado de muchachos republicanos son irremisiblemente copados. La Pasionaria, que está a su lado, como está todos los días, como está a todas horas, se planta de un golpe al frente de todas las reacciones con esta arenga en sus labios encendidos:

¡Me voy a buscar la muerte porque yo no quiero sobrevivir a la ignominia! Y corre veloz, hacia el reducto enemigo. La reacción fué prodigiosa. Tras ella, entonquecidos por su gesto todos. La trinchera caía en poder de los leales instantes después.

Nadie contribuyó tampoco con su tesón a disipar la fantástica leyenda comunista. Para el fascio deseminado por el mundo, el comunismo había hecho de la republica su presa. Y hasta el color rojo, según los fascistas, había saltado los trofeos republicanos con la solemnidad de un símbolo. Los republicanos, a creer de los difundidores de la patria, no éramos otra cosa que los rojos.

Pero una noche y otra, la Pasionaria avanza hacia la emisora resucitadamente, y el mundo escucha: "Oído bien, España ni lucha ni puede luchar mas que por el triunfo de una republica democrática!"

Y como si temiese que por el alto voltaje de su presión, su palabra de maravilla precisase todavía más claridad, añade: "¡Al comunismo no le ha llegado en España su hora!"

¿Es que se quiere más precisión?

La Pasionaria, es el mito del pueblo. No será yo el que diga que se desaparece, pero la republica había destruido las alas, pero la guerra, seguramente hubiese perdido su masa y el manantial más limpio de su ternura!

De «Mediodía» de la Habaga

Controversia Barahona - Facio

- Inserción pedida por un emplado de comercio estudiante de marxismo.

Los jóvenes Barahona y Facio, ambos miembros de la organización "Juventud Democrática", han venido sosteniendo una polémica desde las columnas del periódico "Estudiante", polémica desde todo punto de vista interesante a juicio del que esto escribe. El origen de la cuestión está en que la Asamblea de "Juventud Democrática", al discutir los principios que regiran dicha organización, aceptó la tesis sustentada por el señor Facio en el sentido de que se declara que "Juventud Democrática" combatiría toda forma de dictadura. El joven Barahona atacó luego, desde las columnas de "Estudiante" la tesis de Facio, y éste último le ha contestado defendiendo su tesis.

El señor Facio en su artículo polémico se ha esforzado por demostrar que democracia y "dictadura del proletariado" son cosas muy distintas y hasta antagónicas. Consecuentemente, esto revela que dicho señor estima que para un democrata consecuente no existe ninguna diferencia fundamental entre dictadura del proletariado y dictadura fascista. Error éste que yo estoy seguro que su autor rectificaría si leyera

con detenimiento "El Estado y la Revolución" del inmortal Lenin. Y digo que esto es seguro, porque al través de la lectura de lo que escribe el joven Facio se da cualquiera fácilmente cuenta de la clara inteligencia que posee.

La crítica del señor Barahona contra "Juventud Democrática" por haber incluido entre sus principios el combate a toda forma de dictadura, es lógica, pues tal definición se contradice con la declaración insertada también en sus principios de que "lucharán por el desenvolvimiento de la democracia y su ampliación hasta sus últimas consecuencias". Cabría la inserción de que combatirán toda forma de dictadura fascista, simplemente. Pues la dictadura del proletariado es la forma más democrática de gobierno, la única forma de gobierno en que la mayoría del pueblo ejerce el poder, contra las minorías no productoras y recién derrotadas. La lucha por la ampliación de la democracia conduce fatalmente de la democracia burguesa a la dictadura del proletariado y es lógico que una organización que dice proponerse luchar por "la ampliación de

la democracia" prácticamente está luchando, consciente o inconscientemente, por la dictadura del proletariado y en consecuencia no se pueden incluir al mismo tiempo entre los objetivos de una organización dos tesis que se niegan, esto es, la lucha por "la ampliación de la democracia" y contra "la dictadura del proletariado".

En la sociedad de clases, compuesta por una mayoría de proletarios, peones, artesanos, pequeños comerciantes, intelectuales, etc., sin propiedad alguna o con muy escasa propiedad, y una minoría de capitalistas dueños de todas las riquezas y de los medios de producción, la libertad política, como por ejemplo la que vivimos, es sumamente limitada: esto es, democracia burguesa. Además de lo coja, manca y tuerta que es; del engaño, fraude e injusticia que se cobijan en ella, es incompleta, porque está sujeta a una concepción jurídica que legaliza condiciones económicas desiguales, que además de ser el molde en el cual se efectúa la explotación del hombre por el hombre, es un factor que coacciona moral y materialmente. Pasa a la quinta página